



Unamuno nunca dijo «¡Que inventen ellos!»

► Xavier Duran viaja por la historia de la ciencia a través de trescientas obras literarias

SERGI DORIA
BARCELONA

«La medicina es mi esposa y la literatura es mi amante. Cuando me canso de una paso la noche con la otra». Así expresaba un joven Anton Chéjov su doble condición de médico y escritor. «No persigas dos liebres a la vez», le aconsejaba su editor Aleksei Suvorin... Pero Chéjov ni caso: «La ciencia y la literatura han ido por el mismo camino durante tres milenios», afirma Xavier Duran. Periodista y divulgador científico, recorre en «La ciencia en la literatura» ([Universidad de Barcelona](#)), ese camino que va de Homero a nuestros días, de la mano de dos centenares de autores.

El científico y el poeta, escribió Saint-John Perse, «exploran el mismo abismo y solo difieren en sus sistemas de investigación». Y como advertía Italo Calvino, los poetas del Duecento se inspiraban en la filosofía y la ciencia medievales. Por eso su literatura nacía de un mundo elaborado por la ciencia. Siguiendo la pista de Enzensberger en «Los elixires de la ciencia», Duran ilustra la influencia de la astronomía, la medicina, el darwinismo, la teoría de la relatividad, la revolución industrial, la velocidad, el urbanismo o la era atómica en la creación literaria. Las lecturas de Galeno y Paracelso trufan las tragedias de Shakespeare. En «El rey Lear» se alude al humor vítreo viscoso de los globos oculares y en «Ricardo II» al influjo de la Luna y los planetas. «Ninguna ciencia en cuanto a ciencia, engaña: el engaño está en quien no la sabe, principalmente la de la astrología», escribirá Cervantes en el «Persiles». Hijo de cirujano, el autor del Quijote plantea la caballería como ciencia de ciencias: «El caballero ha de ser jurista para aplicar la ley, teólogo para dar fe de la ley cristiana, astrólogo para deducir el paso del tiempo en las estrellas y el lugar donde se encuentra, y herbolario para identificar las hierbas que pueden sanar las heridas».

Magia y romanticismo

Molière se burla de los médicos pedantes pero eso no quiere decir que no le interese la medicina y describa los síntomas de determinadas dolencias de acuerdo con los conocimientos de su época; a partir del siglo XVIII, poetas y científicos ya comparten la misma mesa: Goethe plasma esa connivencia en «Fausto». Apasionado por la geología y la química, no desdeña la magia y lamenta hasta el final de sus días

no ser reconocido como científico. El maridaje entre ciencia y romanticismo culmina en «Frankenstein o el moderno Prometeo» (1818) de Mary Shelley y Ralph Waldo Emerson le da hechuras filosóficas: «Para él, la ciencia era el vehículo de la verdad existente, pero la poesía era la expresión de la verdad en nuevas formas», apunta Duran.

El positivismo inspira al Galdós de «Doña Perfecta». La precariedad del científico en la España de finales del XIX la encarna «El doctor Centeno»: «¿Para qué se metía a descubrir asteroides, sin nadie se lo había de agradecer como no fuera el asteroide mismo? España es un país de romance», apostilla Galdós. Por aquellos años, H. G. Wells recibía las lecciones de darwinismo que inspirarán pesadillas científicas de «La máquina del tiempo» o «La isla del doctor Moreau».

Ya en el siglo XX, la ciencia guía la «Recherche» de Marcel Proust. Duran saca a colación un artículo de 1954 con más de trescientas metáforas proustianas trufadas de conceptos científicos: «La física estaba representada con más de cien –incluyendo la electricidad, fotografía y óptica–, la astronomía con cincuenta y la química con unas treinta». Proust compara la memoria con «una especie de farmacia, de laboratorio químico, donde uno pone la mano al azar ora sobre una droga calmante, ora sobre un veneno peligroso...».

En esta vieja historia de amor entre ciencia y literatura no faltan tópicos muy arraigados entre quienes hablan de oídas. Por ejemplo, ese Jules Verne identificado siempre como pro-

De Homero al presente Ciencia y literatura han protagonizado una relación apasionada con momentos de amor y odio

Apóstoles literarios de la ciencia

Johannes Kepler. Su viaje a la luna de Somnium" (1634) es la primera obra de ciencia-ficción de la Historia
John Milton. Hizo aparecer a Galileo en «El paraíso perdido» (1667).
William Shakespeare. Había leído con profundidad a Galeno y Paracelso. Describía partes del cuerpo que la gente culta de su tiempo desconocía.
Miguel de Cervantes. En el Quijote cita a Dioscórides, precursor de la



El Frankenstein de Mary Shelley, en versión cinematográfica

feta. El escritor de Nantes, matiza Duran, «no hizo llegar al hombre a la Luna, ya que los viajeros espaciales sólo orbitaron en torno a ella, lo que prueba que Verne es más citado que leído. Tampoco se le puede atribuir la idea del submarino, porque cuando vio la luz 'Veinte mil leguas de viaje submarino' (1869-1870) ya hacía décadas que Robert Fulton (precisamente con el nombre de Nautilus, como la de Verne).

Otro lugar común es el «¡Que inven-

ten ellos!» que Unamuno nunca pronunció... La frase exacta corresponde a un diálogo de 'El pórtico en el templo' (1906) entre dos personajes: Sabino, que representa la razón científica y Román, encarnación de la fe religiosa. Cuando el primero critica a los pocos inventos de los españoles, el segundo dice lo de «Inventen, pues ellos y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones». Ciencia y literatura: relación apasionada con momentos de amor y odio.

farmacopea moderna, destaca la medicina preventiva y la higiene.
J. W. Goethe. Aspira a ser considerado científico y publica en 1810 una fracasada teoría de los colores.
Mary Shelley. Su doctor Frankenstein plantea por primera vez los límites éticos del progreso científico.
Jules Verne. Concibe la novela de la ciencia, pero no es el precursor de los viajes a la Luna ni inventa el submarino
Emile Zola. Concibe la «novela experimental», complemento de la fisiología, la física y la química.
H. G. Wells. El primer novelista

inglés graduado en ciencias. Sus conocimientos de Biología inspiran «La isla del doctor Moreau» (1896).
Marcel Proust. Sus metáforas nacen de conceptos científicos y difunde inventos de su época como el automóvil, el teléfono o el avión.
Primo Levi. Químico de formación, en obras como «El sistema periódico» evoca a sus antepasados judíos y el horror de los lager nazis.
Ian McEwan. Se mete en la mente de un neurocirujano en «Sábado» (2005) y hace un retrato humorístico de un Nobel de Física en «Solar» (2010)